

Ricardo de Robina: arquitecto, arqueólogo y académico* /

Xavier Cortés Rocha

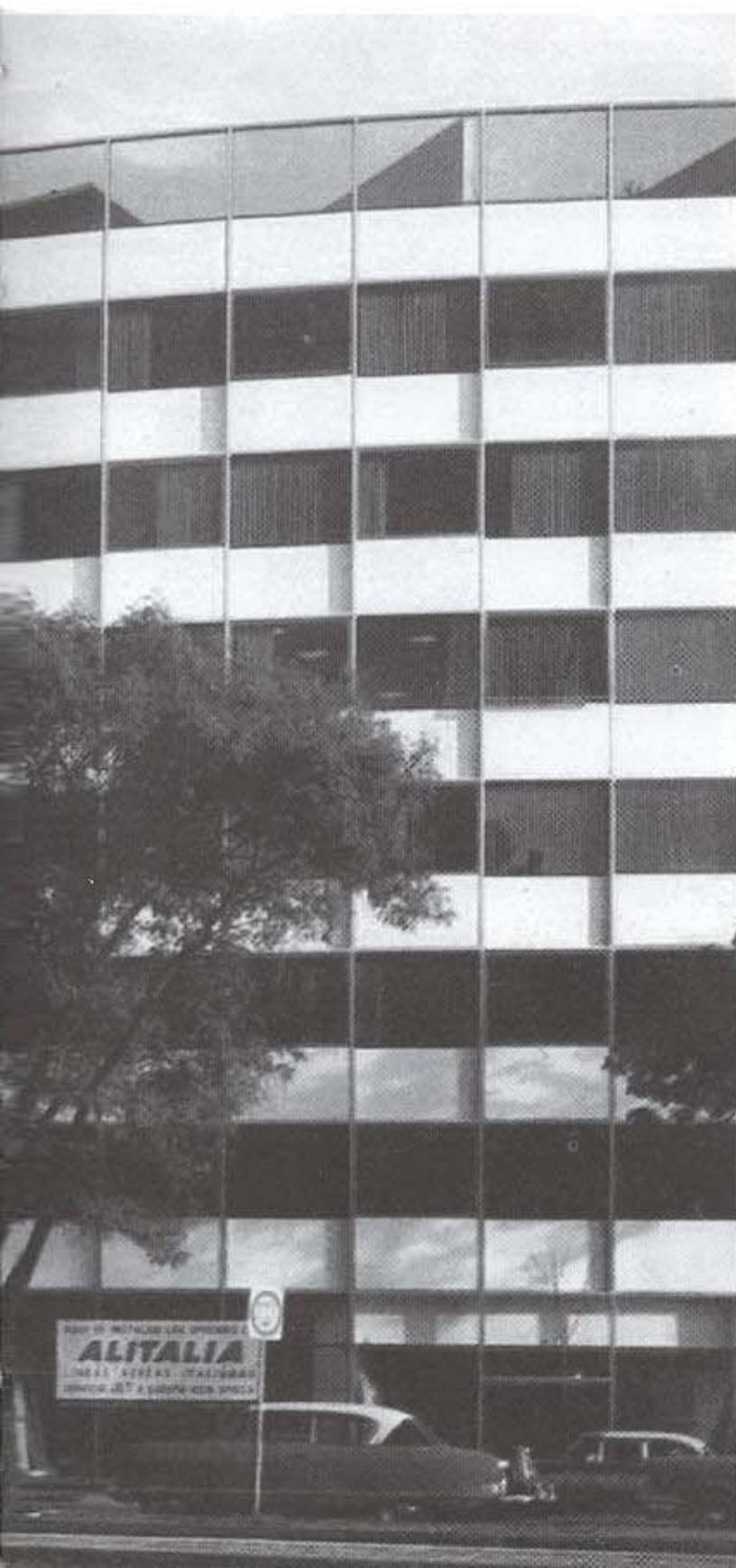
Maestro en Arquitectura, profesor y exdirector
de la Facultad de Arquitectura, UNAM

* Discurso pronunciado en la Academia Nacional de Arquitectura, en la sesión de Investidura de Académicos Eméritos, 2002.

Edificio Cremi, Paseo de la Reforma e Insurgentes, 1961-62, con Jaime Ortiz Monasterio.



Desde temprana edad, Robina eligió la arquitectura como su profesión. Su alma de explorador alimentó su apetito por el conocimiento de la antropología, la arqueología, las humanidades y la arquitectura.

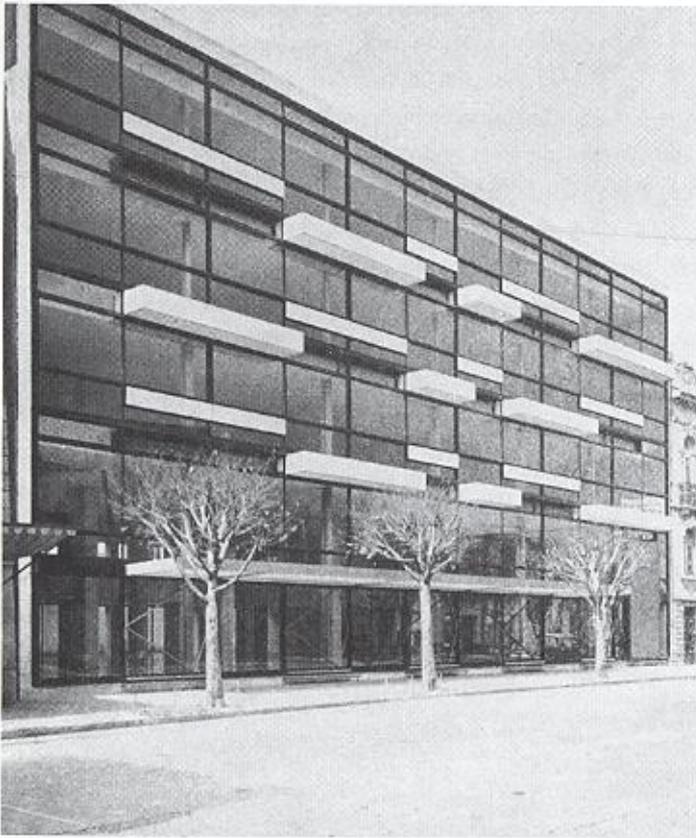


Nacido en México el 16 de noviembre de 1919 en una casa de la Colonia de los Doctores, Ricardo fue hijo de una acaudalada familia de origen vasco, propietaria de una empresa embotelladora. Él y su hermano estudiaron internos en un colegio de jesuitas en España, lugar en el que se aficionó a todo lo que fuese antiguo; su alma de explorador alimentó su apetito por el conocimiento de la antropología, la arqueología, las humanidades y la arquitectura. Esta fascinación, como puede observarse al conocer su experiencia profesional, lo acompañaría toda su vida.

Desde temprana edad, Robina eligió la arquitectura como su profesión. El arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, quien fue su compañero, recuerda que Ricardo llegó a San Carlos sin tener credencial de la Escuela y en su primera clase, ante una observación al respecto, le dijo al maestro Ruiz con acento español: "No tengo credencial, pero traigo ciertos papelillos que me acreditan". Desde entonces se ganó la simpatía de sus compañeros, quienes lo recordarían siempre por su manera correcta de hablar, así como por sus vastos conocimientos de cultura general.

Ingresó a la Escuela Nacional de Arquitectura en 1937 y sufrió el bautizo tradicional de aquel entonces. Ricardo describió alguna vez cómo le tocó desfilas como "baturro" por la calle de Moneda, hasta el Zócalo, después por 5 de Mayo, dar vuelta en La Alameda y regresar a la Academia de San Carlos. Narraba también cómo solían hacer las "repentinias", que consistían en la asignación de un proyecto a las siete de la mañana para supuestamente entregarlo a las siete de la noche. Ricardo decía que él y sus compañeros llegaban "como caballeros" a las nueve de la mañana para tener un espíritu relajado que les permitiera trabajar arduamente. Al conocer el tema, solían ir a la biblioteca durante aproximadamente una hora para salir después a "tomar aire fresco" al lugar más cercano: La Alameda. Ahí, acostados en el suelo, reflexionaban en torno al tema hasta que llegaba la hora de la comida. Después de ese "trabajo agotador" se iban a un restaurante vasco para, con "el estómago bien lleno", irse a reposar a Chapultepec. Entonces, con "el ánimo en estado propicio para pensar en el proyecto", llegaban a San Carlos alrededor de las siete de la noche a trabajar hasta las siete de la mañana del día siguiente, cuando entregaban sus trabajos.

En aquel entonces en San Carlos había 140 alumnos, que podían interactuar con los de los diferentes niveles, desde el primero hasta el quinto año. Así convivió Robina con personajes como Ramírez Vázquez, Augusto Álvarez, Juan Sordo Madaleno y Ramiro González del Sordo.

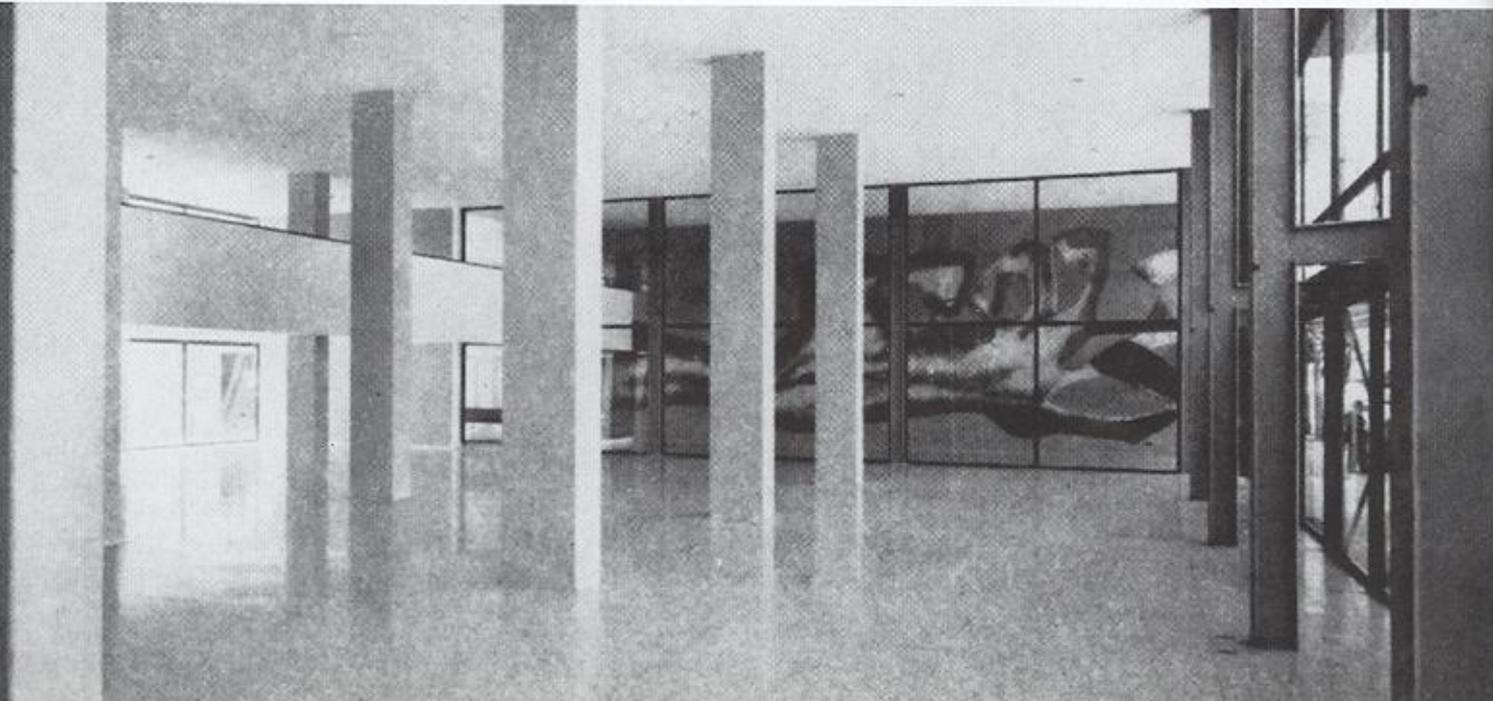


Edificio Niza 67, Col. Roma, México, D. F., con Jaime Ortiz Monasterio, 1952.

En aquel entonces en San Carlos había ciento cuarenta alumnos, que podían interactuar con los de los diferentes niveles, desde el primero hasta el quinto año. Así convivió Robina con personajes como Ramírez Vázquez, Augusto Álvarez, Juan Sordo Madaleno y Ramiro González del Sordo, entre muchos más. Algunos de sus compañeros todavía recuerdan que Ricardo hacía fichas de historia y teoría utilizando la técnica que Nicolás Mariscal les enseñaba, doblando el papel para hacer notas. Recuerdan también cómo le inquietaban las excursiones a cualquier sitio prehispánico de interés, así como la gran amistad que lo unía con los profesores Nicolás Mariscal y Carlos M. Lazo por su mutua inclinación por la historia y la teoría de la arquitectura.

Ricardo de Robina platicaba que su mayor afición al estudiar arquitectura era visitar cuanta casa pudiera. Su gusto por lo antiguo y lo colonial se convirtió en un interés apasionado por lo prehispánico. Con Guillermo Cuevas hizo una mancuerna magnífica, y compartió con él recorridos al área maya durante sus vacaciones. Su pasión por el tema llegó al grado de que la prensa le reconoció el descubrimiento de Hochob, tema que presentó para titularse. Quienes supieron de su viaje a Yucatán lo describen como una expedición que hacía recordar a Humboldt; viajó con su gran

Vestíbulo del Edificio Niza, con mural de Mathias Goeritz.



Aunque su tesis versó sobre el análisis de arquitectura Puuc, este hombre, que dejó tan gratos recuerdos en quienes lo conocimos, siempre intentó mantenerse a la vanguardia en todos los campos de la arquitectura.



Monasterio Benedictino, 1955-58, con Jaime Ortiz Monasterio.

amigo Guillermo Cuevas con recuas y a arrieros por más de un mes a través de la selva para redescubrir Hochob.

El arquitecto

Aunque su tesis versó sobre el análisis de arquitectura Puuc, este hombre, que dejó tan gratos recuerdos en quienes lo conocimos, siempre intentó mantenerse a la vanguardia en todos los campos de la arquitectura. Su labor como arquitecto se desarrolló al lado de varios colegas. Uno de ellos fue Jaime Ortiz Monasterio, con quien realizó varias obras en la Colonia Juárez y proyectó para Banca Cremi uno de los edificios que, en su momento, contribuyó a que México ingresara al escenario de la arquitectura en el marco de la globalización cultural.

Con Luis Ortiz Macedo, Manuel Barrón y José Luis Ezquerro, Robina construyó innumerables edificios. Cuando

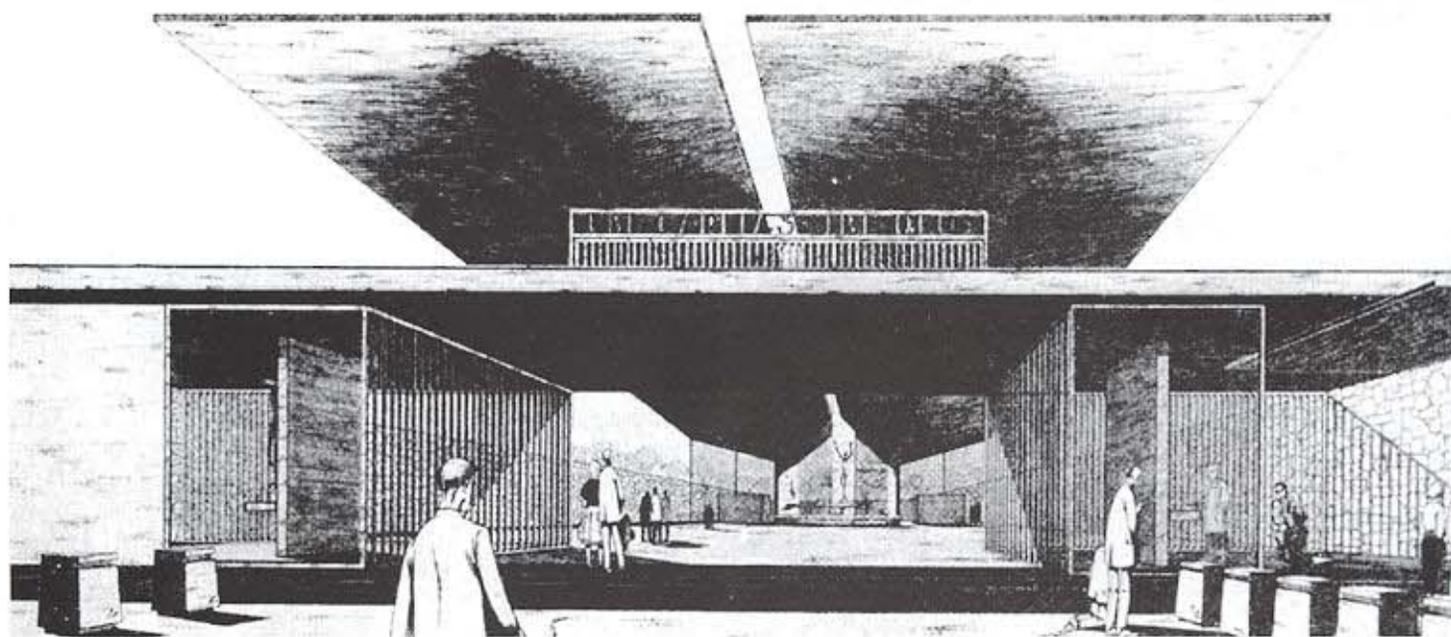
Miguel Alemán fue presidente del Consejo Nacional de Turismo, Ortiz Macedo y Robina fueron invitados a colaborar en los recorridos turísticos de cada estado en un programa del Consejo.

Ernesto Gómez Gallardo conoció a Ricardo cuando entraron a la Escuela, y desde entonces se hicieron socios. Además de ser compadres, juntos construyeron varias obras. Tenían su despacho en Madero 69, con Roberto Monter; entre las obras que diseñaron podemos mencionar un edificio en Obrero Mundial y un proyecto para el concurso de la fachada del Edificio de la Lotería Nacional. Ganaron el concurso para la Iglesia de Nuestra Señora de la Paz en Ejército Nacional, proyecto en el que Gómez Gallardo recuerda que Robina hizo algunas modificaciones en la primera sección y construyó después la iglesia grande.

Sus proyectos arquitectónicos son, como ha afirmado el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, muestra contundente de refinado gusto y enorme calidad.

El antropólogo

Robina narraba con especial cariño la historia de su tesis profesional como arquitecto diciendo que fue éste el motivo por el que se decidió a estudiar antropología. La idea surgió después de leer el libro *Viaje a Yucatán* de Stephens, que decía: "al sur de México se extienden las amplias florestas de Campeche en donde el hombre blanco nunca ha puesto un pie y en donde debe haber muchas ruinas mayas que no han sido descubiertas y posiblemente haya población indígena que nunca ha tenido contacto con el hombre blanco..." Dos semanas después, apenas consiguió boletos de avión, Ricardo llegó a una sabana sin vegetación; al fondo se veía un punto negro que resultó ser el edificio de Hochob. Ricardo dibujó minuciosamente todo lo que vio. Años después, sugirió hacer una reproducción del Templo de Hochob a partir de sus levantamientos en el Museo de Antropología. De Robina visitó lo más que pudo la zona maya, y a su regreso empezó a estudiar antropología con especialidad en arqueología. Primero se recibió de arquitecto y después de antropólogo. Vale la pena mencionar que este "explorador de la cultura" fue curador de la Sala Maya del Museo de Antropología, teniendo como asesor al reconocido antropólogo Alberto Ruz.



Perspectiva Puente de Sierra, 1955-58.

Ricardo de Robina fue invitado por Pedro Ramírez Vázquez a participar en la museografía del Museo de Antropología. Se tenía pensado colocar una cabeza Olmeca a la entrada del museo y Ricardo sugirió colocar el monolito de Tláloc, del cual había escuchado hablar cuando tenía dieciséis o diecisiete años. Aunque nunca supo si realmente existía o no, decidió viajar al poblado de Coatlinchán, a 48 km de la Ciudad de México; allí encontró el monolito del dios prehispánico de la lluvia que había dormido durante siglos en el lecho de un río. "Pedro, ya encontré el monolito", le dijo a Ramírez Vázquez, quien llamó de inmediato a López Mateos para solicitar el permiso de trasladar la pieza histórica.

Pedro Ramírez Vázquez menciona en su libro sobre el Museo Nacional de Antropología que: "después de un año de preparativos, en que intervinieron cientos de personas, el director de la obra (...) supervisó el transporte del dios de la lluvia hasta el nuevo Museo de Antropología asistido por ingenieros y antropólogos, entre ellos, Ricardo de Robina".

Debido a la resistencia de los habitantes de Coatlinchán, por una superstición que decía que si se llevaban a Tláloc nunca más tendrían agua para sus cosechas, fue necesario, además del poder de convencimiento del profesor del pueblo, un trailer con setenta y seis llantas, construido especialmente para transportarlo hasta el Zócalo, una de las operaciones arqueológicas más grandes del mundo.

El restaurador

En la restauración encontró Ricardo de Robina el campo propicio para verter sus conocimientos sobre arquitectura y arqueología, específicamente en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Acerca de sus innumerables obras de restauración, Ricardo destacaba que lo primero que hay que hacer en todo proyecto de este tipo es respetar todo aquello que tenga antigüedad, incluso si en la obra encontramos añadidos de épocas más recientes, pero con valor histórico y estético. Bajo esta premisa se desarrolló profesionalmente en la Ciudad de México en varias obras, entre ellas El Colegio de las Vizcafnas, San Lorenzo, la Iglesia de Santiago Tlatelolco y el Colegio de la Santa Cruz. Vale la pena mencionar la estupenda mancuerna que logró con Mathias Goeritz, a quien invitó en varias ocasiones a participar en sus

proyectos, por ejemplo con el diseño de vitrales en Santiago Tlatelolco y el diseño de lo que se conoció como la mano de San Lorenzo.

Ricardo de Robina afirmaba que "lo primero que se necesita para ser un buen restaurador es ser un buen arquitecto". Su criterio era conservar todo lo antiguo, y restaurar lo necesario para cubrir los requerimientos del momento con materiales modernos. Sin embargo, para que el edificio antiguo permanezca, de Robina consideraba de fundamental importancia darle un uso nuevo; pero no se puede pensar que todos los edificios viejos se conviertan en museos, decía Ricardo, "porque tendríamos calles completas de museos..." Un buen restaurador ama lo antiguo, pero "un individuo que no es buen arquitecto no puede entender una arquitectura del pasado, y mucho menos restaurarla".

El maestro

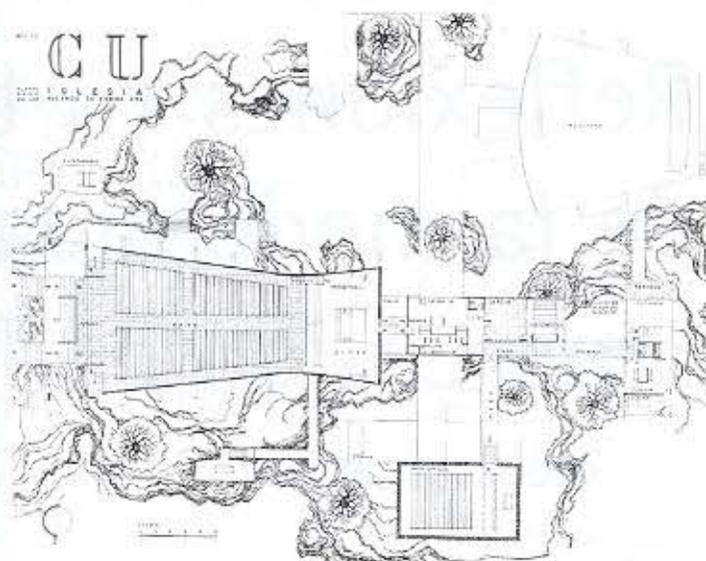
Otra de las facetas memorables de este notable arquitecto y arqueólogo fue la de maestro. Él siempre mostró interés en difundir sus conocimientos; en la Escuela de Arquitectura de San Carlos impartió cátedra en el primer año de Historia de la Arquitectura con el ilustre arquitecto Salvador de Alba como auxiliar, en una época en que la Escuela contaba con académicos de la talla de Francisco Centeno y José Villagrán García; años después tendría como adjunto a Carlos Flores Marini, quien lo sucedió en una cátedra.

Ricardo de Robina dejó en sus discípulos y amigos, académicos y profesionales, un entrañable recuerdo y reconocimiento por su sapiencia, amor a la profesión y cultura superior. Recordado como un hombre con un gran sentido del humor que desplegaba en sus clases, Ricardo compartió su erudición, talento, entendimiento y sabiduría.

En 1967, Ricardo inauguró los cursos de posgrado en Historia; fue todo un personaje en ese seminario, del cual llegó a ser coordinador. Impartía clases dos veces a la semana con Juan de la Encina, César Novoa y Raúl Henríquez. Su formación humanista lo motivó a sembrar la semilla de lo que sería la División de Estudios Superiores en la Facultad de Arquitectura de la UNAM, cuyo primer director fue Enrique Cervantes, con la especialización en Restauración de Monumentos; con el aporte de distinguidos profesores como Juan



Restauración del Templo de San Lorenzo, con Jaime Ortiz Monasterio; trabajo escultórico: Mathias Goeritz, 1955-58.



Planta de la nave

Proyecto no realizado de iglesia en C. U., *Arquitectura México*, N° 36, 1951.

de la Encina y Fernando Chueca Goitia, entre otros, la especialización fue todo un éxito. También fundó *La Gaceta*, que refería informaciones y documentos sobre la especialidad. Dos años más tarde, apadrinó la primera generación de diecisiete arquitectos restauradores.

Por otra parte, junto con Luis Ortiz Macedo, promovió en las Universidades de Querétaro y Guanajuato cursos preparatorios para la especialidad en Restauración de Monumentos.

Este ilustre arquitecto formó también parte de un grupo autollamado "de Viena" con algunos miembros del Seminario de Historia del Arte interesados en la restauración de inmuebles con valor histórico y cultural.

Además de su labor como arquitecto, restaurador y académico, también fue autor de la primera parte del libro *400 años de arquitectura mexicana*, cuya coordinación estuvo a cargo de Pedro Ramírez Vázquez.

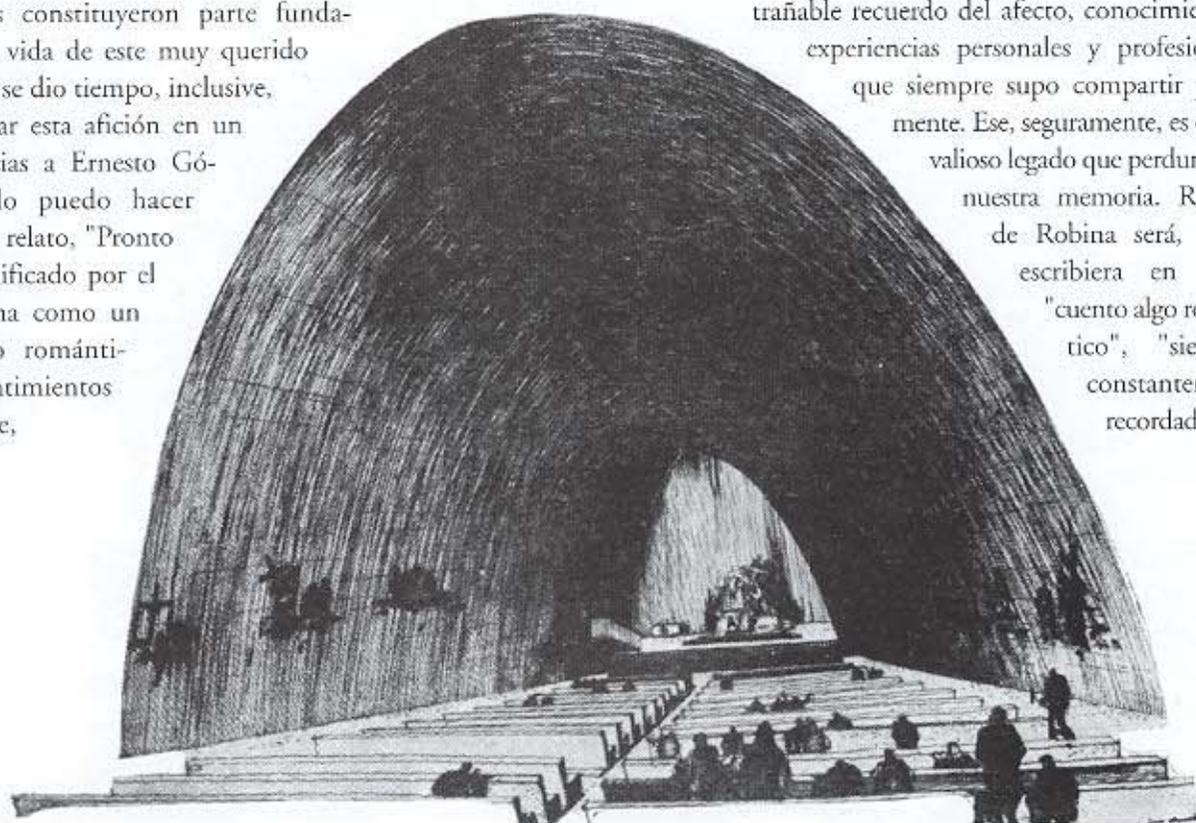
Un amigo cercano cuenta que Ricardo solía recluirse a escribir, pasión que junto con la lectura sobre temas prehispánicos constituyeron parte fundamental en la vida de este muy querido colega, quien se dio tiempo, inclusive, para desbordar esta afición en un cuento. Gracias a Ernesto Gómez Gallardo puedo hacer alusión a este relato, "Pronto Retorno", calificado por el propio Robina como un "cuento algo romántico". Sus sentimientos como hombre,

arquitecto, restaurador y antropólogo, "algo romántico", quizá puedan describirse tomando frases de su propia inspiración: "forma y sentimiento que lo rodeaba todo, con fuerza y con ser (...) se convirtió en pertinaz y sutil compañía (...) música vieja y siempre nueva a la vez (...) Así fue como la fuerza y ser de este personaje quien tuvo a la arquitectura, la restauración y la antropología, música vieja y siempre nueva, como pertinaz y sutil compañía."

El caballero

Ricardo de Robina, arquitecto, antropólogo, restaurador, explorador, escritor, innovador, al tiempo que respetuoso de lo antiguo, de reflexiones acuciosas e irónicas que mantenían atento y cauteloso a quien de él aprendía, dejó un gran vacío con su partida.

Definido por quienes se precian de haber convivido con él como un hombre generoso, buen amigo, buen maestro y excelente compañero de viaje, dejó entre nosotros un entrañable recuerdo del afecto, conocimiento y experiencias personales y profesionales que siempre supo compartir plenamente. Ese, seguramente, es el más valioso legado que perdurará en nuestra memoria. Ricardo de Robina será, como escribiera en aquel "cuento algo romántico", "siempre, constantemente recordado". ☺



Proyecto Iglesia C. U., 1950, *Arquitectura México*, N° 36, 1951.